

La herencia republicana

“Qué será lo que nos deje la memoria, la cabrona memoria”.

(Crematorio, Rafael Chirbes)

Carlos Aristu Ollero
Secretario de Estudios y Fundaciones
de la UP CCOO-Sevilla

SOY BISNIETO, nieto, hijo, hermano, pareja, vecino y amigo de enseñantes. Hace ya más de un siglo que los míos, por alguna razón, están implicados en ese ambicioso y revolucionario proyecto que tiene su centro de gravedad en un aula. Habiendo roto la tradición familiar, trato de reconstruir el hilo conductor por el que, según creo, este compromiso se ha trasladado sutil y eficazmente. Esta endogamia doméstica precisa, inevitablemente, de ciertas pautas y valores que se transmitan de generación en generación. Desde hace algunos años juego a buscar los elementos que explican no sólo las tendencias profesionales de mis parientes sino una cierta connivencia a la hora de entender el oficio. Durante la II República existió un proyecto de enseñanza valiente que pusieron en práctica, entre otros, aquellos que se hicieron maestros y maestras bajo la órbita de la Institución Libre de Enseñanza. Tras grandes saltos en el tiempo y mucha nube negra, aún hoy muchos enseñantes ilustran su profesión con la idea de una sociedad más laica, más libre, más justa, más de todos. Disfruto cenando con grupos de profesores; una vez superada la fase de crítica corrosiva hacia la falta de recursos, la conversación se torna afectiva. Es entonces cuando el veterano comparte postre con la novel y, haciendo de mentor, le habla de su orgullo de maestro artesano y ella, sobrada de motivación, le anima a embarcarse en una unidad didáctica sobre el cambio climático.

Mi bisabuelo era republicano, de familia liberal, y creyó firmemente en la idea de un país construido a base de aulas, libros y libertad. Fue secretario de la Universidad de Sevilla y cofundador del Instituto-Escuela de esta ciudad, donde también trabajó mi bisabuela y estudiaron sus hijos. Este centro, en la esfera de la Institución Libre de Enseñanza, implantó durante algunos años métodos y prácticas que aún hoy pueden llamar la atención: clases sin separación por sexo, evaluación continua, contacto con la naturaleza y el arte, trabajos de investigación en grupo, fomento del deporte, enseñanza de lenguas, becas sociales. La apuesta por este modelo de enseñanza, que no deja de ser una propuesta de país, le costó a mi bisabuelo encierro, pérdida de la cátedra universitaria y destierro profesional.

Cada miércoles, mi abuela se dirige a una céntrica cafetería sevillana para reunirse con los pocos compañeros que aún viven, para charlar y comentar la actualidad. Mi abuela, como lo fueron sus hermanos, es abierta, tolerante, independiente, liberal, laica, progresista, bilingüe, lectora, curiosa, deportista. Nunca viste de negro su luto.

En las paredes de la casa de mi abuela, mezcladas con los retratos familiares, hay fotografías de Fernando Giner de los Ríos, de Ramón Carande, de Juan Ramón Jiménez. A veces, cuando voy allí a comer, me echo bajo esos rostros y pienso que la suya fue una apuesta política flexible y esperanzada; en las cartas de esos años, se entrevé la voluntad de construir un país sobre la base de la educación

pública, la democratización de los saberes y la búsqueda del progreso. Mi familia se estructura en la distancia. Nos reunimos un par de veces al año. Se desahogan comparando los colectivos con los que cada uno trabaja: hijos de la alta clase funcionarial en Bruselas, adolescentes de barrio obrero sevillano, trabajadores inmigrantes de Barcelona o interinos buscando puntos para el próximo concurso. Desde fuera, sin apenas esfuerzo, identifico una línea de discurso, una mirada de grupo que se dirige en la misma dirección. Un hilo conductor.